

llerías'; *gueltre*, del neerlandés, 'dinero'; *inteligente*, 'entendido en'. Tal vez algún tecnicismo, sólo documentado en el *Quijote*, como *lercha* («sardinas en lercha»), sea una errata.

Al igual que ocurre en la generalidad de las obras, casi la mitad de las formas léxicas que aparecen en *Don Quijote* lo hacen sólo una vez. Entre los sustantivos, los nombres propios más utilizados son: *Quijote*, *Sancho*, *Dulcinea*, *Rocinante* y *Toboso*; mientras que entre los comunes lo son: *caballero*, *Dios*, *señor/señora*, *cosa/cosas*, *verdad*, *mundo*, *vida*, *parte*, *casa* (*casa* es el primer sustantivo en *El casamiento engañoso*, frente a *Monipodio* en *Rinconete y Cortadillo*). Contrasta la aparición de sustantivos frecuentes con la ausencia de adjetivos, sólo dos, entre las palabras más frecuentes: *buen/buena* y *gran*, aunque enseguida (después de las 200 palabras más frecuentes) aparecen *hermosa* (211), *mala* (221), *grandes* (226) y *nuevo* (238). Rafael Lapesa resumió magistralmente: «El estilo típico de Cervantes es el de la narración realista y el diálogo familiar. La frase corre suelta, holgada en su sintaxis, con la fluidez que conviene a la pintura cálida de la vida, en vez de la fría corrección atildada. Esta facilidad inimitable, compañera de un humorismo optimista y sano, superior a todas las amargas, es la eterna lección del lenguaje cervantino.»

GUILLERMO ROJO

CERVANTES COMO MODELO LINGÜÍSTICO

Que el español sea conocido hoy como «la lengua de Cervantes» es algo que resultaría totalmente incomprensible a la mayoría de los contemporáneos de don Miguel y a una buena parte de los escritores de los siglos inmediatamente siguientes. En efecto, les parecería un tanto paradójico que no se dijera «la lengua de Garcilaso», «la lengua de Lope» o «la lengua de Quevedo», usando la antonomasia para alguno de los varios creadores que en su propia época y en los años posteriores gozaron de fama y aprecio muy superiores a los que tuvo Cervantes. En otras palabras, Cervantes, frente a lo que sucedió con Garcilaso, Lope, Calderón, Quevedo o Góngora, no fue considerado un 'clásico'

ni durante su azarosa vida ni a lo largo del siglo XVII. El indudable éxito que tuvo el *Quijote* no debe engañarnos en este punto: la obra fue considerada fundamentalmente como un libro gracioso, un libro de entretenimiento, integrado por las disparatadas aventuras de un loco y un simple, que, aunque de lectura amable y divertida, no reunía las condiciones necesarias para formar parte del núcleo de las obras clásicas, las serias, las que resultaban del trabajo y el ingenio de autores de gran formación y cultura. Ilustrativa de esta visión es la anécdota que cuenta Mayans y Siscar:

Aun viviendo Cervantes, consiguió la gloria de que su obra tuviese la acetación real. Estaba el rei don Felipe, tercero deste nombre, en un balcón de su palacio de Madrid i, espaciando la vista, observó que un estudiante, junto al río Manzanares, leía un libro i de quando en quando interrumpía la lección i se dava en la frente grandes palmas, acompañadas de extraordinarios movimientos de placer i alegría. I dijo el rei: *Aquel estudiante o está fuera de sí o lee la Historia de Don Quijote*. I luego se supo que la leía, porque los palaciegos suelen interessarse mucho en ganar las albricias de los aciertos de sus amos en lo que poco importa (*Obras Completas*, II, pág. 240).

Cervantes era, sin duda, consciente de, al menos, una buena parte de todo esto. En el prólogo al *Persiles y Sigismunda*, escrito, «puesto ya el pie en el estribo», pocos días antes de su muerte, refiere un encuentro casual con un estudiante:

Apenas hubo oído el estudiante el nombre de Cervantes cuando, apeándose de su cabalgadura, cayéndosele aquí el cojín y allí el portamanteo (que con toda esta autoridad caminaba), arremetió a mí y, acudiendo a asirme de la mano izquierda, dijo: —¡Sí, sí, éste es el manco sano, el famoso todo, el escritor alegre y, finalmente, el regocijo de las musas! Yo, que en tan poco espacio vi el grande encomio de mis alabanzas, pareciome ser descortesía no corresponder a ellas...

Aunque tenía una más que notable formación clásica, Cervantes no podía aportar títulos que la avalasen, por lo que, en la consideración general de su tiempo, no cabía esperar de él obras que mostrasen grandes conocimientos, erudición ni profundidad de pensamiento. Consciente de todo ello y con su habitual ironía, quiso dejarnos, en un prólogo magistralmente articulado

en torno a las supuestas dificultades que tiene para escribirlo, su punto de vista acerca de la cultura libresca y un tanto huera frecuente en la época. El amigo fingido al que expone sus dificultades le da recetas rápidas para remediar la falta de composiciones laudatorias, insertar abundantes citas de autoridades y, en definitiva, dar aire culto al texto. Con unos cuantos «latinicos», le dice, «os tendrán siquiera por gramático, que el serlo no es de poca honra y provecho el día de hoy» (I, Prólogo, pág. 11). Al final, sin embargo, la propuesta da un brusco giro, puesto que considera que una obra de este tipo no necesita adornos de tal clase y le aconseja lo que constituirá el programa lingüístico que Cervantes se propone desarrollar: expresión sencilla, natural, falta de toda afectación y apropiada a cada uno de los personajes que intervienen en la novela. Frente a lo que había hecho y hará en otras obras, en el *Quijote* busca nuestro autor un público más amplio y, como dice Menéndez Pidal (1986), considera que «la creación artística ... no habrá de servir como experimento para separar en el público los selectos que la comprenden y el vulgo que no puede leerla, sino que el público total, con su desigualdad, servirá como piedra de toque donde ensayar el universal alcance de la obra de arte profundo».

Como era de esperar, la crítica posterior entendió y apreció de forma diferente este objetivo cervantino. Simplificando mucho tan compleja cuestión, las valoraciones de Cervantes, el *Quijote* y la lengua de la obra se sitúan a lo largo de un continuo en cuyos extremos encontramos la exaltación absoluta y la negación radical de lo que representan. El *Quijote* es, para unos, la expresión máxima de la literatura española y lo que en él se encuentra es el buen español, una autoridad, un modelo que hay que imitar hasta donde sea posible. Para otros, Cervantes era un escritor bastante descuidado, tanto en los aspectos constructivos como en los lingüísticos y, como consecuencia de ello, el *Quijote* está plagado de olvidos, expresiones incorrectas, anacolutos, faltas de sintaxis, etc.

La primera línea, la de la valoración positiva, aparece ya en el texto mismo de la obra. En la aprobación de la Segunda parte de la novela, el licenciado Francisco Márquez Torres, tras señalar que no encuentra en el libro «cosa indigna de un cristiano celo ni que disuene de la decencia debida a buen ejemplo ni virtudes morales, antes mucha erudición y aprovechamiento», destaca

«la lisura del lenguaje castellano, no adulterado con enfadosa y estudiada afectación» (pág. 539).

El propio Cervantes, contemplando a diez años de distancia el enorme éxito que ha tenido la Primera parte de la obra, bromea, con su habitual ironía, acerca de todo ello. En la dedicatoria de la Segunda parte al Conde de Lemos se refiere a las presiones que ha sufrido para publicar cuanto antes la continuación, y dice:

Y el que más ha mostrado desearle ha sido el grande emperador de la China, pues en lengua chinesca habrá un mes que me escribió una carta con un propio, pidiéndome o por mejor decir suplicándome se le enviase, porque quería fundar un colegio donde se leyese la lengua castellana y quería que el libro que se leyese fuese el de la historia de don Quijote. Juntamente con esto me decía que fuese yo a ser el rector del tal colegio (II, Preliminares, pág. 547).

Aunque ya con algunos precedentes en el XVII, el siglo XVIII marca la consolidación del aprecio extremo por la obra de Cervantes y su elevación a las cimas de la excelencia. La Ilustración en general y, como ha señalado Close (1998), el espíritu crítico y normativo, la actitud moralizante y el rechazo de la influencia externa son favorables a Cervantes y, en cambio, factores contrarios a la valoración de Góngora o Calderón. Cuando la Real Academia Española acomete la redacción de su primer diccionario, conocido como «de Autoridades», Cervantes ocupa ya un lugar importante entre ellas: en las aproximadamente 11200 entradas correspondientes a las letras A y B, hay 836 citas de Cervantes —563 de ellas tomadas del *Quijote*—, lejos, es verdad, de las 1042 que tiene Quevedo, pero a mayor distancia de las 404 de fray Luis de Granada, las 320 de Saavedra Fajardo o las 231 de Góngora.

En ese momento comienza también a aparecer la bibliografía especializada. Gregorio Mayans y Siscar, autor del primer estudio sobre la vida y la obra de Cervantes (1737), fue el primero en situar a nuestro autor en la cima de la historia literaria española y el estilo del *Quijote* como el modelo de lengua que convendría imitar. Consideraba el erudito valenciano que «en tres cosas consiste la perfección de un libro: en la buena invención, devida disposición i lenguaje proporcionado al assunto que se trata». Pues bien, su opinión sobre el último punto, que es el que aquí nos interesa, no deja lugar a dudas:

En orden al estilo, ojalá que el que hoy se usa en los asuntos más graves fuese tal. En él se ven bien distinguidos i apropiados los géneros de hablar. Sólo se valió Cervantes de voces antiguas para representar mejor las cosas antiguas. Son mui pocas las que introdujo nuevamente, pidiéndolo la necesidad. Hizo ver que la lengua española no necesita de mendigar voces extranjeras para explicarse cualquiera en el trato común. En suma, el estilo de Cervantes en esta *Historia de Don Quijote* es puro, natural, bien colocado, suave, i tan emendado que en poquísimos escritores españoles se hallará tan exacto. De suerte que es uno de los mejores textos de la lengua española.

«Uno de los mejores textos de la lengua española», dice Mayans. Y, en efecto, en su *Rhetorica*, cuya segunda edición vio la luz en 1786-1787, Cervantes figura en la reducida relación de modelos lingüísticos. No le da, sin embargo, la consideración de figura máxima, puesto que Mayans adjudica los primeros puestos, entre los prosistas, a fray Luis de León y Saavedra Fajardo, sin que se pueda olvidar, según Jesús Gutiérrez, «la importancia dada a Santa Teresa de Jesús y a Mateo Alemán, emparejados ahora con Diego Hurtado de Mendoza, y detrás de ellos, Miguel de Cervantes». Entre los mejores, pero no el primero para Mayans, que le hace algunas correcciones, no siempre justificadas por cierto.

Valoración semejante se puede encontrar en Capmany. En el volumen cuarto de su *Teatro histórico-crítico de la eloquencia española* (1788):

El principal mérito de Cervantes es la pureza y propiedad de la dición, y la claridad y hermosura de su frase: calidad apreciable que le hace comprehensible y agradable á las gentes mas ignorantes y rudas. Esta general aceptacion comprueba que su estilo es llano, natural, y conveniente á la materia de su fábula; sin tocar en ninguno de los vicios con quienes tiene afinidad: es sencillo sin languidez, llano sin baxeza, y popular sin indecencia (*Teatro*, IV, pág. 428).

Como ya se ha apuntado, también hay en el *Quijote* elementos que revelan un cierto descuido compositivo y lingüístico de los que se alimenta la consideración de Cervantes como escritor un tanto desmañado. Su representante máximo es, sin duda, Diego Clemencín, autor de una monumental edición comentada que vio la luz en seis volúmenes entre 1833 y 1839. El valiosísimo

trabajo de Clemencín consiste precisamente en un intento de iluminar todos los pasajes de la obra y, con más frecuencia de la deseable, señalar 'errores' de Cervantes en los más diversos aspectos, incluidos los estrictamente lingüísticos. En esa misma dirección se han movido algunos otros editores y comentadores del *Quijote*, en un acercamiento discutible desde el punto de vista técnico pero perfectamente comprensible, en cambio, si se piensa que en la dirección opuesta se está presentando la lengua de Cervantes como un modelo lingüístico. Además, según indica Rosenblat (1971), «el buscarle incorrecciones, descuidos y "despropósitos" y hurgarle hasta el menor desliz, es un tributo que se cobra a su grandeza».

Clemencín observa en la obra notables deficiencias, pero cree también que «no obstante sus defectos ocupará siempre un lugar distinguido entre las producciones magistrales del entendimiento humano». Su intención es, precisamente, la de contribuir a poner remedio a estos «lunares» y conseguir que la obra se convierta realmente en un modelo lingüístico:

Acaso se me tildará de nimiamente severo en lo que me parece reprehensible; acaso los amantes indiscretos de la gloria nacional, en que tiene tanta parte la de Cervantes, me acusarán de indiferente y aun de contrario á ella; pero serán injustos. La verdad sincera y serena debe distribuir los elógios y las censuras. El *Quijote* tiene lunares; y tratándose de un libro que anda en manos de todos, y que es uno de los que principalmente se proponen para modelos del gusto y del idioma, conviene por lo mismo indicar con mas particularidad y especificacion sus defectos.

Acomete esta labor con gran profundidad y erudición literaria, pero muestra también una fortísima rigidez neoclásica en lo que se refiere a la composición de la obra y, como es de esperar por la época en que escribe, son muchas las ocasiones en las que su crítica deriva de la falta de familiaridad con la lengua clásica o la simple incomprensión del texto cervantino. Por no citar más que un ejemplo, al comienzo del capítulo segundo de la Primera parte, escribe Cervantes que don Quijote «no quiso aguardar más tiempo a poner en efecto su pensamiento, apretándole a ello la falta que él pensaba que hacía en el mundo su tardanza». Clemencín anota: «Se dijo al revés. Lo que D. Quijote pensaba que hacia falta en el mundo, era *su pronta presencia*, no *su tardanza*.

Otro defecto de esta clase se notó en el capítulo anterior: empieza a dormirar Cervantes.» No es así. «La falta que él pensaba que hacía en el mundo...» es equivalente a 'la falta, el problema, el vacío que él pensaba que causaba en el mundo su tardanza', de modo que, al menos en este caso, no dormita Cervantes.

Con los avances de las investigaciones lingüísticas y literarias (Valera, Menéndez Pelayo, Cejador, Menéndez Pidal, etc.), el lugar de Cervantes en la historia de la literatura española y universal se va consolidando, lo mismo que su papel como modelo lingüístico, al tiempo que su consideración como 'ingenio lego' va dando paso a una visión mucho más acorde con la formación, los conocimientos y los objetivos de don Miguel. En una línea distinta, pero congruente con la anterior, los tratados gramaticales van tomando cada vez en mayor medida los textos cervantinos como punto de referencia. Según los datos aportados por Dagmar Fries (1989), en la primera edición de la *Gramática* de la Real Academia (1771), no hay apenas citas y casi todas las existentes (salvo las seis tomadas de las *Empresas políticas* de Saavedra Fajardo que figuran en el apartado dedicado a la construcción figurada) aparecen para ilustrar fenómenos anticuados. En la cuarta edición de la obra (1796), las citas son ya 41, cuatro de las cuales corresponden a Cervantes, al lado de diez de Saavedra Fajardo, siete de Mariana, una de Garcilaso, Góngora, Quevedo, fray Luis de León, fray Luis de Granada y otros. Ya en el siglo XIX, Vicente Salvá utiliza numerosos textos de Cervantes para ilustrar los fenómenos estudiados: 68 citas remiten a nuestro autor, mientras que sólo seis a Calderón, siete a Lope o cinco a Quevedo; bien es verdad que 100 proceden de Jovellanos, pero hay que tener en cuenta que muchas de ellas se refieren a doctrina gramatical. A mediados de siglo, llegará la consagración con la *Gramática* de don Andrés Bello que refleja el predominio casi absoluto de Cervantes sobre todos los clásicos: alrededor de 280 citas de textos suyos (unas 200 procedentes del *Quijote*), frente a 51 de fray Luis de Granada, 10 de Calderón, 10 de fray Luis de León o 36 de Jovellanos. De nuevo con datos aportados por Fries (1989), en la edición de la *Gramática* de la Academia publicada en 1931, de las 854 citas que aparecen en la parte dedicada a coordinación y subordinación sintáctica, 372 (el 43,55%) corresponden a Cervantes y 340 de ellas proceden del *Quijote*. Si, en la hipótesis más desfavorable, descontamos de

ese número las 55 que llevan marca de uso anticuado, tenemos que no menos de 285 citas, es decir, el 33,37% del total de este apartado, son textos del *Quijote* que la Academia presenta, a más de trescientos años de la fecha de composición de la obra, como modelo de español válido en el siglo xx.

Como hemos visto en este rápido repaso, la valoración del *Quijote* y de los recursos lingüísticos y literarios utilizados en la obra han experimentado notables oscilaciones en los cuatrocientos años transcurridos desde su publicación. Tales diferencias responden —al menos, en parte— según Close a las distintas perspectivas con que cada movimiento cultural contempla lo producido en épocas anteriores. En los aspectos estrictamente lingüísticos hay que tener en cuenta también el hecho innegable de que la evolución interna va alejando progresivamente la lengua de cualquier texto —que es la que corresponde al autor— de la lengua que los lectores posteriores hablan habitualmente y conocen bien. Como consecuencia de todo ello, lo que los contemporáneos de Cervantes consideraban normal, elegante o vulgar puede estar muy lejos de la impresión que deja en el paladar lingüístico de los lectores actuales y saborearlo adecuadamente requiere la familiaridad con la lengua de la época o la anotación cuidadosa del texto.

En este caso concreto, no se puede olvidar que algunas de las características que hoy consideramos como elementos constitutivos de la lengua literaria no tenían ese mismo carácter en la época de Cervantes. Nuestro autor vive, habla y escribe en una época de transición lingüística en la que, además, como dice Gutiérrez Cuadrado (1998) «eran todavía muchos los usos que oscilaban entre distintas posibilidades: cabía decir *invidia* y *envidia*, *podimos* y *podimos*, ... *andaba una manada de jacas* y *andaban una manada de jacas* y todas ésas y multitud de otras vacilaciones ... se sentían en general como igualmente legítimas y se empleaban indiferentemente». Oscilaciones semejantes siguen existiendo en la actualidad, pero no suelen aparecer directamente en los textos literarios por la unificación que tiene lugar en lo que conocemos habitualmente como *lengua estándar* o *variedad estándar*.

Hace justamente un siglo en su estudio de *La lengua de Cervantes*, resumiendo la trayectoria de su creciente consideración como modelo lingüístico, afirmaba Cejador (1905):

La lengua de Cervantes es la lengua castellana, en sus dos fases, erudita y vulgar, de aquel momento precisamente de su mayor apogeo, cristalizada en el mejor libro de nuestra literatura y por el más sincero, experimentado y culto de nuestros ingenios. Hay dos hablas distintas en el *Quijote*: el habla vulgar de Sancho, Teresa, los cabreros, los venteros, los galeotes y demás gente del pueblo, y el habla culta del renacimiento, castellana en el fondo, pero coloreada por el arte antiguo y el arte italiano. En ambas es Cervantes hablista consumado.

No siempre los críticos posteriores han sido capaces de entender adecuadamente lo que esto supone y juzgar la prosa cervantina desde esta perspectiva voluntariamente multiforme. Hoy, a cuatrocientos años de su composición, la consideración de la obra como modelo lingüístico ha de basarse precisamente en su preocupación por la expresión «a la llana, con palabras significantes, honestas y bien colocadas» del modo adecuado a las características que presenta la lengua en cada momento de su incesante devenir.

JOSÉ ANTONIO PASCUAL

LOS REGISTROS LINGÜÍSTICOS DEL «QUIJOTE»: LA DISTANCIA IRÓNICA DE LA REALIDAD

Acerquémonos a este sorprendente y novedoso tapiz que es el *Quijote*. La urdimbre de la lengua con que se ha tejido es el registro coloquial; su trama la constituyen los demás registros, que combinados entre sí producen una gran sensación de veracidad. El autor de la obra, innovador en tantas cosas, lo ha sido también en lograr la verosimilitud en la manera de hablar de los personajes, dentro de los moldes de un ciceronianismo salpimentado con la vivacidad oral de los discursos de Plauto. Así, la gente que aparece dibujada en el paño acomoda su manera de hablar al papel que tienen en esta representación, adaptándolo a las demás circunstancias. Ahí tenemos al Caballero de los Leones dando conversación: «Muy a la ligera camina vuesa merced, señor galán. ¿Y adónde bueno?, sepamos, si es que gusta decirlo» (pág. 738); y a